



EL CUERPO DEL HOMBRE COMO BOTICA

Rojo Vega A

Cátedra de Historia de la Ciencia. Universidad de Valladolid. España

Correspondencia:

Prof. Anastasio Rojo Vega
Cátedra de Historia de la Medicina
Facultad de Medicina
Avda Ramón y Cajal s/n
47005 Valladolid. España
E-mail: rojo@med.uva.es

1. EL CUERPO HUMANO COMO FARMACIA

Plinio el Viejo (23-79 dC), en el Libro XXVIII de su *Historia Natural*, que trata de los remedios obtenidos de los animales, fue el primer gran recopilador y cuestionador de los remedios de origen humano empleados por griegos y romanos de la Edad Clásica.

Cuestionador porque no creía en los efectos de muchos de ellos, ni en las causas extrañas con las que dichos efectos trataban de explicarse, así se mofa de Demócrito de Abdera (c 460 - c 370 aC) por defender que los huesos de la cabeza de un malvado eran buenos para ciertas enfermedades, mientras que para otras resultaban mejores los procedentes de un amigo fallecido (Littré, II-3). ¿Cómo podía aceptar un hombre lógico, que un parto malo se convirtiese mágicamente en bueno por colocar bajo la cama de la mujer en trance un piedra con la que se hubiese matado, de un solo golpe cada vez, un hombre, un jabalí y un oso? (Littré, VII-3).

Un breve resumen de los aprovechamientos del cuerpo humano en Farmacia, desde la Grecia clásica hasta el siglo XVIII, con especial énfasis en sus orígenes, debe tener en cuenta, preferentemente:

CRÁNEO

El empleo de sus huesos contra la epilepsia fue común hasta el XVIII. En la Antigüedad, bastaba, decían, con beber el agua recogida con uno de ellos, de una fuente, durante la noche, para obtener efectos beneficiosos; con el tiempo, sin embargo, pasó a ser utilizado hecho polvos, como se verá al tratar de la Academia de Suárez de Ribera.

Según Antheo, tomado en píldoras, valía contra las mordeduras de perro rabioso.

Todavía en el *Diccionario de Lemery* se aconsejaba elegir el de un joven de buen temperamento, muerto violentamente y que no haya sido inhumado, rascar un poco de su sustancia, pero sin calcinarla como hacían los antiguos, "porque con la calcinación pierde la sal volátil donde se encuentra su principal virtud", e



Figura 1.
Plinio el
viejo
(23-79 dC)

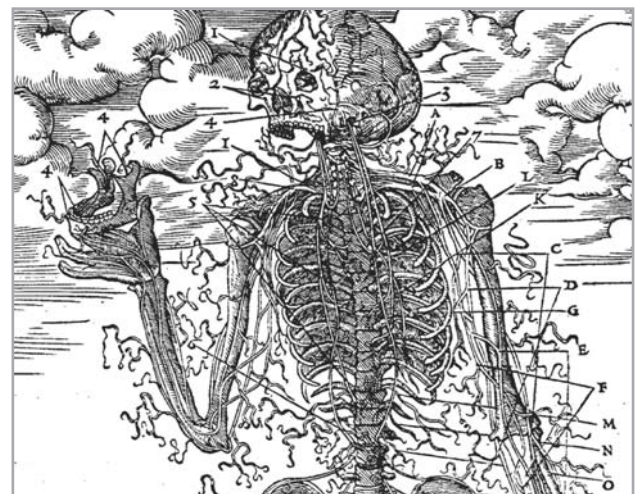


Figura 2. Estienne. *Dissectione partium* (1525)

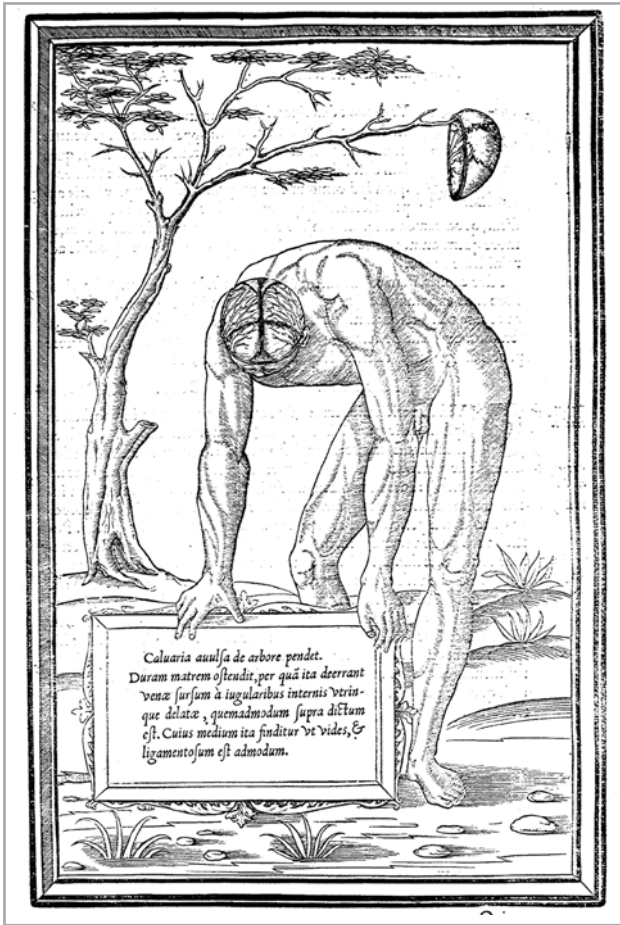


Figura 3. Estienne. *Dissectione partium* (1525)

incorporar las rasuras a remedios contra enfermedades como la epilepsia y la apoplejía, los envenenamientos y las diarreas (1716, 175).

CABELLOS

Los primeros cabellos cortados a un niño, y en general todos los cabellos de los impúberes, eran aconsejados contra los dolores de gota, atados en torno a las lesiones articulares. Los de hombre adulto tenían la capacidad de curar mordeduras de perro y, puestos en aceite, o en vinagre, y aplicados tópicamente, la de sanar las heridas en la cabeza. Mejores aún eran los pelos obtenidos de un hombre crucificado, por curar las cuartanas, y los calcinados, que llegaban a eliminar el cáncer.

Los cabellos de mujer quemados gozaban de fama como espantadores de serpientes: "Se dice que el olor de los cabellos de mujer quemados hace huir a las serpientes; que el mismo olor disipa las sofocaciones histéricas; que la ceniza, si han sido quemados en un vaso cerámico con litargirio, cura las granulaciones y el prurigo de los ojos; con miel las úlceras de los niños y las verrugas; con miel e incienso las heridas de la cabeza y las excavaciones de las úlceras; con grasa de puerco los tumores y la gota [...]" (Littré, XX-1). Me he extendido un poco más, para mostrar hasta qué punto los remedios enumerados eran multiterapéuticos.

CERUMEN

El cerumen de las orejas era visto por griegos y romanos como un potente antiveneno, "aplicado en el mismo campo, cura las

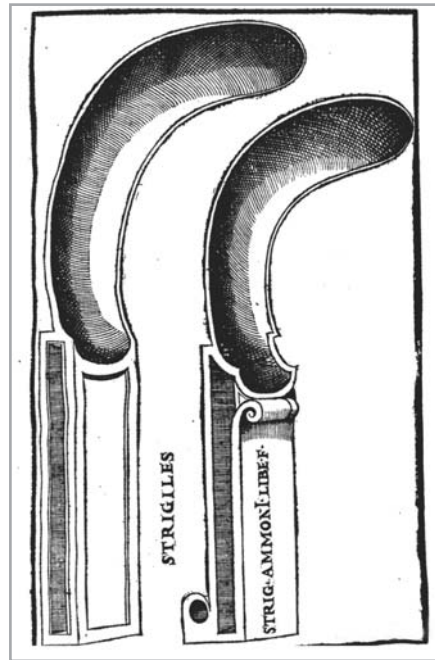


Figura 4.
Strigilles.
Dioscórides
(1543)

picaduras de escorpiones y serpientes" (Littré VIII-1); mejor si se trataba del cerumen de la propia persona mordida.

DIENTES

El uso de dientes de muerto en medicina toma su origen de escritores como Apolonio de Thyana (3 aC–97 dC), quien defendía que para calmar el dolor dental bastaba con escarificar la encía con el diente de un hombre muerto violentamente. Hechos polvo valían como antídoto contra las mordeduras de serpiente.

Medicina-talisman especial para las mujeres era el primer diente caído a un niño, ya que, engastado en un brazalete, protegía contra todas las enfermedades del útero.

SALIVA

Contrariamente a las dudas expuestas en otros casos, Plinio creía firmemente en los beneficios de la saliva de hombre joven, el mejor antídoto contra las mordeduras de serpiente, por ejemplo. Es el signo de aquellos tiempos, que los sabios se muestren por una parte racionales y por otra ilógicos.

La saliva servía untada y escupida: "La costumbre al tomar cualquier remedio es escupir tres veces conjurando el mal, ayudando así al médicamente a hacer su efecto" (Littré, VII-1). Era apropiada también contra los forúnculos que empezaban a formarse, los líquenes, la lepra "frotándola todos los días con saliva"; la oftalmía y la tortícolis.

Si se había metido algún animalculo en la oreja, nada mejor podía hacer el médico que escupir en su interior: "basta con escupir en esta parte, para hacerlo salir".

SUDOR

El sudor de los atletas, tal vez por provenir de hombres jóvenes y fuertes, gozaba de mucho predicamento entre las clases populares griegas y romanas. Los antiguos gimnastas y bañistas, después de haberse ungido con aceites aromáticos y haber hecho ejercicio, pasaban por su piel una especie de rasqueta, el *strigilles*, mostrado en una de las láminas del *Arte gymnastica* de Girolamo mercurial, recogiendo con ella un produc-



Figura 5. Haliographia (1644)

to mezcla de sudor y aceites aromáticos, que era guardado contra inflamaciones de la zona génito-anal, condilomas, dolores atribuidos de causa nerviosa, luxaciones y problemas articulares en general. Era, además, tenido por excelente medicamento supurante, es decir, por medicamento capaz de infectar las heridas con facilidad, en un tiempo en que la producción de pus no se consideraba negativa, sino todo lo contrario: la materia purulenta era veneno que la naturaleza expulsaba del interior, una especie de purga efectuada a través de soluciones de continuidad. Finalmente, las mujeres podían embadurnar con el producto del *strigilles* un pesario

para, introduciéndoselo en la vagina, combatir las inflamaciones y las contracciones de la matriz.

SANGRE

Es el primer remedio de origen humano presentado por Plinio, bajo la forma de sangre de gladiadores, un famoso antidoto contra la epilepsia. Un producto que le crea repugnancia, según escribe: los epilépticos beben la sangre de los gladiadores según sale de las heridas que han recibido. Nos horrorizaríamos de ver a bestias feroces chupando la sangre caliente, humeante, de los hombres caídos sobre la arena, aún vivos ¡y dejamos que los enfermos acudan a sorber de ellos, por así decirlo, su vida misma! Plinio apostilla que había gente peor, otros que "buscan el tuétano de los huesos y los cerebros de los niños".

SANGRE MENSTRUAL

La sangre menstrual tuvo usos médicos y supersticiosos. Desde el punto de vista de celestinas y brujas, se consideraba inigualable a la hora de despertar amores en varones distraídos. ¿Una mujer quería que un hombre se enamorase perdidamente de ella? No tenía más que poner unas gotas de su sangre menstrual en el vino que estaba tomando el objeto de sus deseos; el varón quedaba hechizado, sin voluntad y sin posibilidad de vencer el maleficio.

En lo que hace a usos médicos, Plinio recoge variopintos consejos en torno a la sangre del menstuo, de Lais, de Elephantis, de Bythus de Dyrrachium, de Diotimo de Tebas, de Icétidas, etc: "El médico Icétidas garantiza la curación de las fiebres cuartanas por medio del coito, siempre que se haga con una mujer al comienzo de su regla [...]" (Littré, XXIII-6). Por una vez no había que beberla.

LECHE DE MUJER

Como la orina, ha tenido multitud de aplicaciones médicas y supersticiosas, desde la Edad Clásica hasta prácticamente nuestros días. Todavía en las primeras décadas del XIX, antes del hallazgo de los antibióticos, se la consideraba uno de los mejores específicos contra la tuberculosis. Había por una parte mamadores profesionales, individuos hábiles en hacer que madres la produjesen; y por otra mujeres con excedentes que la vendían para criar niños ajenos, y para curar viejos caquéticos, hécticos y tísicos.

Leche que todos estos pacientes tomaban directamente de la teta, y que gozaba de gran crédito para todo lo que tenía que ver con el aparato respiratorio: "La leche de mujer cura las enfermedades de los pulmones; si se mezcla con la orina de un niño impúber o con miel de la Ática, una cucharada de cada, hace cesar los zumbidos de oídos [...]" (Littré, XXI-2); como en el caso de los cabellos, etc, etc.

También fue muy empleada en oftalmología, siendo frecuente, en el mundo rural castellano, que, después de haber



Figura 6. Strigilles. Girolamo Mercurial (1672)

dado de mamar, las madres rociaban con leche los ojos y las caras de sus hijos.

HIEL DE HOMBRE

Como la del pez de Tobías, curaba la catarata (Littré, II-4).

ESPERMA

Según Plinio, el fluido espermático era un "remedio soberano" contra las picaduras de escorpión (Littré, XIII-2).

ORINAS

Los usos médicos de la orina humana, de niño o de adulto, de hombre o de mujer, incluso de eunuco, fueron infinitos en el mundo antiguo; a la de eunuco, por ejemplo, se atribuía la propiedad de hacer fértiles a las mujeres estériles. De Ostanés, un pseudo-Zoroastro, encarnación de todos los magos en la mente de Plinio, habían aprendido los contemporáneos del naturalista a orinarse por la mañana sobre los pies, para prevenirse contra todo veneno.

CÁLCULOS

Las piedras expulsadas por los enfermos de cólico no dejaban de tener su provecho. Los romanos aseguraban que puestas sobre el pubis mejoraban las enfermedades del hígado en los hombres y favorecían el parto en las mujeres.

HECES

Esquino de Atenas (390-315 aC) construyó parte de su fama en la Grecia clásica curando, con ceniza de excrementos humanos, padecimientos como las anginas y las inflamaciones de la úvula; llamó a dicho medicamento Botryon.

PIES

Finalmente, los antiguos llegaron a asegurar que un secreto soberano contra la oftalmía, contra los problemas de la vista en general, era enjuagarse tres veces los ojos con el agua donde el paciente se hubiese lavado los pies.

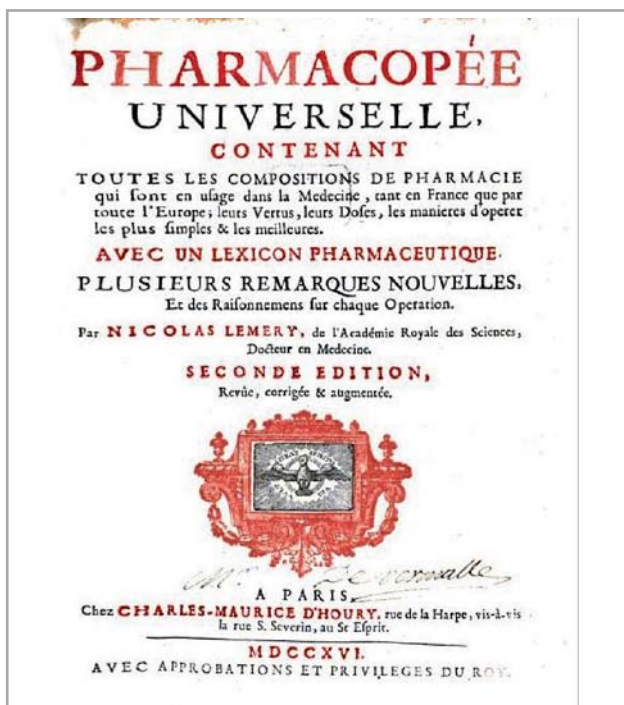


Figura 7. Lemery. Pharmacopea (1716)

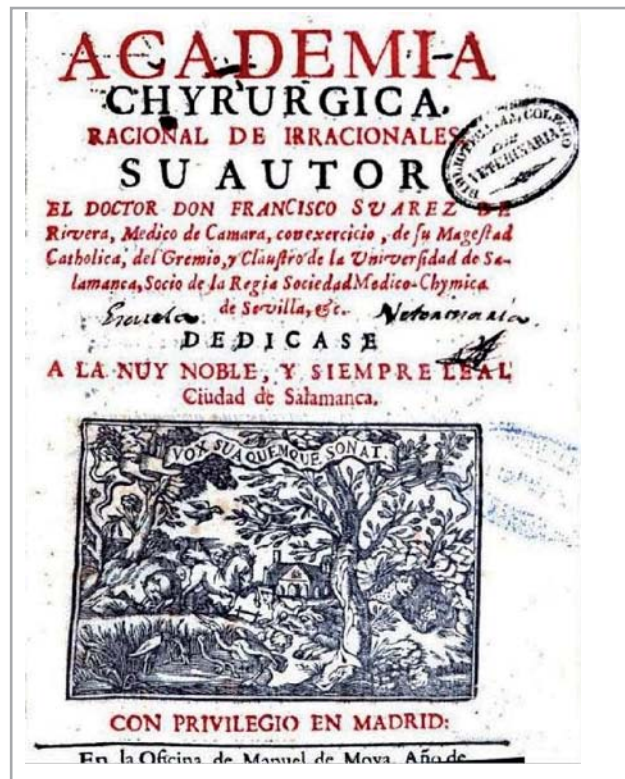


Figura 8. Suárez. Academia racional.

2. ESTADO DE LA CUESTIÓN EN EL SIGLO XVIII

¿Qué quedaba a comienzos del XVIII de estas reliquias antiguas? Un autor tan influyente como Nicolás Lemery nos informa en su Diccionario de las drogas. Al tratar del término *Homo*, escribe: "Alguno se extrañará, tal vez, de que ponga al hombre en una Historia de las Drogas; pero inmediatamente verá que no me falta razón, puesto que de él se extraen muchas cosas que sirven a la Medicina. Todas las partes del cuerpo del hombre, sus excrecencias y sus excrementos contienen abundante aceite y sal volátil, mezclados y revueltos con la flema y la tierra" (1716, 264).

En España, en la Academia Chyrgica Racional de Irracionales (1739) de Francisco Suárez de Ribera, el sabio Pitágoras nos muestra también el papel que el hombre seguía jugando en España, al menos en la mente de este salmantino, en la producción de medicamentos: "Ya sabéis que soy racional, y a imitación vuestra he de contribuir con algunas virtudes de algunas partes, que componen el cuerpo del hombre, para que sirvan de auxilios al mismo en los mayores conflictos, que las dolencias le ocasionan".

Claro, que si hubiese tomado como elemento de juicio lo que Plinio pensaba de Pitágoras, tal vez el presidente de la Academia hubiese elegido un sabio distinto. Pitágoras creía que todos los secretos del mundo estaban en los números, que solamente había que descifrar lo que querían decir las cifras. Nada escapaba de su fuerza, ni el nombre dado a los niños al nacer. Complicado dilema para los padres. ¿Como llamarle? ¿Con número par de letras o con número impar? Difícil elección, con número impar le dejaban predispuerto a cojeras, debilidad visual y accidentes del lado derecho del cuerpo; pero si le daban nombre con número de letras par, le exponían a enfermedades del lado izquierdo (Littré, VII-3).

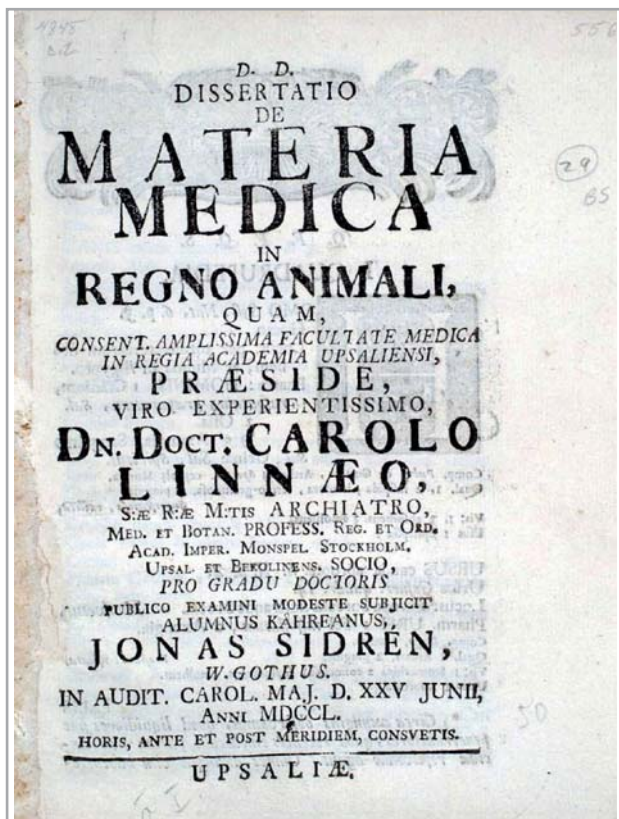


Figura 9. Linneo. El hombre como medicamento.

El abandono médico definitivo de la botica-hombre llegó a finales del XVIII en la manera que muestra Carlos Linneo en una *Dissertatio* sobre la materia médica animal, la cual comienza, cómo no, por el ubicuo *Homo* "per totam terrarum orbem" y sus aprovechamientos: la carne de momia en Egipto, el cráneo, los huesos, enjundia, orina y sangre. El naturalista, exhaustivo, da cuenta de algunos de los compuestos que solían confeccionarse con las diferentes partes, por ejemplo los Polvos de Gutetta, pero añadiendo al conjunto opiniones: "Superstitiosa", y dudas: "Usus I Epilepsia?".

La misma impresión de incredulidad transmite el francés Baume, en la traducción castellana de su obra por Domingo García-Fernández, "Comisionado por S.M. para la Inspección de la Moneda, Socio de la Real Academia Médica de Madrid en la clase de las Ciencias Naturales", en la que se señala: "Se atribuye al cráneo humano la virtud de curar la epilepsia, y demás enfermedades del cerebro. Su dosis es desde diez granos hasta dos escrúpulos. Pero estas virtudes son imaginarias; pues el cráneo humano no tiene más virtud que los huesos de los pies de carnero reducidos a polvo" (Baume I, 142). Definitivamente, eran pura materia mineral: "Las substancias huesosas todas son compuestas de tierra y de un parénchima mucilaginoso [...] Casi todos los químicos han considerado la tierra de los huesos como una tierra puramente caliza" (Baume, I, 103-4).

El sol del nuevo siglo XIX liberaba por fin a la ciencia de la tozuda creencia en cualidades y propiedades ocultas.

El esquema expositivo del pseudo-Pitágoras de Suárez es el clásico, el de arriba-abajo, a capite ad calcem; de manera que el primer recurso humano considerado es el cráneo.



Figura 10. Retrato de Carlos Linneo (1707-1778)

CRÁNEO

No un cráneo cualquiera, sino el de un hombre muerto de forma violenta. Su primera y gran indicación era la epilepsia, confirmando la pauta terapéutica acreditada en España entre 1555 y 1665¹.

Huesos de cráneo de algún ahorcado o asesinado, pulverizados y mezclados con otras medicinas. Diego Merino los empleaba para elaborar vinos en cuya composición entraban también hiel de oso, cuajo de liebre y pezuña, o hígado, de asno (1575, 6v). Francisco Pérez de Cascales prefería confeccionar con ellos un jarabe, que llevaba además rosas, rododiel, ruda y raíz de peonía (1611, pag. 16v).

Los huesos de la cabeza tenían las mismas indicaciones que el empleadísimo cuerno de ciervo, siempre que no se utilizasen huesos frescos, sino añejos, sepultados durante un tiempo, secados, y finalmente calcinados. Manufacturados de dicha manera, no solamente resultaban buenos contra la epilepsia, sino también contra los flujos de vientre, las diarreas, y las hemorragias, más si en este último caso se acompañaban de dos plantas muy clásicas en la lucha contra las efusiones de sangre: la tormentilla y la consuelda.

El pseudo-Pitágoras se extiende en mostrarnos cómo los trabajaban los boticarios de comienzos del XVIII: "Aunque es verdad mandan algunos, que después de sacado del sepulcro, se ponga al aire, antes de calcinarle; podía excusarse esta impertinencia, y al instante ponerlo en crisol, o en un puchero, y calcinarle a fuego abierto, hasta que adquiere un color cinericio, y que ejecutándolo así, lograrían un febrifugo de tercianas, y quartanas, dándole en cada vez en cantidad de una dracma" (Suárez 1739, 109), que son unos tres gramos y medio.



Figura 11. Retrato de Suárez en *Amenidades mágicas*.

Dichos polvos calcinados, se usaban, además, contra la incontinenencia de orina, disueltos en agua destilada de cogollos de avellano o moral; contra los reumatismos y la gota, bebidos con suero de leche de cabras o vacas; y contra las hemorroides, mezclados con agua de cogollos verdes de saúco, con la que se empapabas paños que se aplicaban a las almorranas.

Suárez, siempre innovador, añade a lo conocido: "Cuando yo estaba oyendo a Pitágoras, se me ocurrió, que no era de menos eficacia contra las fiebres intermitentes rebeldes el polvo del cráneo, o de cualquier otro hueso humano sin calcinar [...] como el que quisiere puede ver en la página 128 del Tomo primero de mis Maravillosos Inventos Physico-Médicos de Naturaleza, y Arte" (1739, 110).

Lemery incluye a la farmacopea contemporánea un subproducto craneal, al que llama liquen craneal o *Usnea humana*, el verdín que los huesos crían naturalmente con el paso del tiempo: "una pequeña pelusa verdosa, de altura de dos o tres líneas, inodora, de gusto un poco salado, que nace sobre los cráneos de los cadáveres de hombres y mujeres que han quedado expuestos al aire por largo tiempo". Al parecer, la mejor *Usnea* era la de Inglaterra, tal vez por el clima: "se encuentra esta pequeña planta principalmente en Inglaterra, en Irlanda, sobre cráneos de hombres que han sido ahorcados y atados a los patibulos, pues en dicho país tienen cuidado de sujetarlos con hilo de alambre, para que permanezcan en ellos hasta años después de que su carne haya sido consumida por la putrefacción y el aire" (1716, 582). Sus indica-

ciones principales: hemorragias nasales, epilepsia y todos aquellos afectos que pidiesen astringentes.

CABELLOS

Los cabellos humanos eran otro de los *medicamentos* propios contra la epilepsia, quizás por la ley de la simpatía, por su cercanía al foco del mal, que, bien reconocido se tenía, era el cerebro.

Podían ser utilizados de dos formas: quemados, en sahumero, contra epilepsia, histeria femenina y paroxismo – "Accidente peligroso o casi mortal, en que el paciente pierde el sentido y la acción por largo tiempo" (RAE 1817, 638); o calcinados como los huesos del cráneo y añadidos en polvo a una mezcla de vinagre y aceite de ruda, que servía para ser instilada por las narices y para untar la cabeza. Se empleaba contra el letargo – "Enfermedad peligrosa, que consiste en un sueño profundo y preternatural, acompañado regularmente de fiebre continua y delirio, y en la cual el enfermo se siente desmemoriado y con una pérdida considerable de fuerzas y facultades" (RAE 1817, 525) – y contra la apoplejía – ("Enfermedad que priva repentinamente de sentido y movimiento a todo el cuerpo" (RAE 1817, 76)–. Para Lemery, "Los cabellos del hombre son apropiados para eliminar vapores, si se hace oler a los enfermos su humo cuando se queman; mediante la destilación se extrae de ellos una sal muy volátil y penetrante, que tiene las mismas virtudes que la de cráneo humano" (1716, 264).

CERUMEN

"La secreción amarilla que se extrae de dentro de la oreja con una cucharilla, y que se llama cera de la oreja, es resolutive y buena contra los panadizos, siempre que se aplique en sus comienzos" (Lemery 1716, 264).

SALIVA

No es citada por Suárez, pero sí por Lemery: "La saliva de un hombre joven, bien sano y en ayuno, es buena contra las mordeduras de serpiente y de perros rabiosos" (1716, 264).

SANGRE

Como en el caso del cabello, en el de la sangre parece haberse establecido una relación de simpatía o proximidad, ya que su empleo terapéutico principal tenía que ver con la hemoptisis – administrada *per os* –, y con las pérdidas de sangre en general: hemorragias causadas por heridas, espolvoreando sobre ellas sangre seca pulverizada; hemorroidales y uterinas, en cuyo caso el polvo de sangre seca se aplicaba a un pesario que era introducido en la vagina. En el caso de la hemoptisis, los polvos se tomaban *per os*.

En el *Diccionario* de Lemery es catalogada como *Sanguis humanus*, estableciéndose que, como siempre, debe proceder de un joven sano. Tras obtenerla, se secaba al sol y se hacía polvos, "es sudorífica i apropiada contra la epilepsia, contra las fiebres malignas y contra la pleuresía, provoca el sudor" (1716, 483).

MANTECAS

Mayor recorrido histórico que los anteriores, como remedio farmacológico, ha tenido la manteca, el unto, el sebo o enjundia humana, que de todas estas formas se llamó, impulsora del secuestro de niños entrados en carnes y origen de los temidos *Hombre del saco* y *Sacamantecas*.

Su uso principal y fundamental era el antituberculoso. Los tísicos acababan quedándose en los huesos, ofreciendo una imagen típica que hoy denominamos caquexia y antaño llamaban hética – "Calentura lenta que va consumiendo el cuerpo y destruyendo las fuerzas" (RAE 1817, 467) –, y nada se consideraba

mejor contra ella que el unto humano, "célebre anti-héctico" (Suárez 1739, 111). Su empleo era simple: se extraían las mantecas del cuerpo de un cadáver o de un niño raptado y asesinado, en su caso; se amasaban con las manos hasta conseguir una consistencia uniforme, y se untaban – no por nada se llamaban *unto* – las *espaldas*, poniendo especial atención en embadurnar la columna vertebral.

Naturalmente, alguien asoció que si eran capaces de devolver las carnes a los caquéticos, lo mismo podrían hacer con los raquíticos, abriendo una puerta de esperanza a los padres de niños esmirriados por la rachitis.

Secundariamente, también se consideró que, bebida, podía ayudar en disenterías y heridas penetrantes del pecho.

CUERO

Cuero, que no piel. Piel curtida con la que se hacían cinturones con varias finalidades: partos difíciles – las comadronas llevaban consigo cintos de cuero humano y cuando la cosa se complicaba ceñían los vientres de las parturientas con ellos–, ataques histéricos, y espasmos – "La contracción fuerte o duradera de uno o muchos miembros del animal" (RAE 1817, 645) –, y flatos, "que con frecuencia afligen a las mujeres" (Suárez 1739, 112).

Cinturones de cuero varonil para meter en cintura a las mujeres, "que experimentarán grandísima utilidad, si con intermediación le trajesen ceñido en la cintura" (RAE 1817, 112).

LECHE DE MUJER

Ya se ha hablado de ella al tratar de los tiempos antiguos. El Pitágoras de Suárez no la recoge, pero Lemery sí: "La leche de mujer es restaurante, suavizante, pectoral, apropiada contra la tisis y las demás enfermedades con consunción; se emplea asimismo en las enfermedades de los ojos, para ablandar las asperezas y mitigar las inflamaciones" (1716, 264).

ORINA

La orina humana es un clásico de la tradición española. Los viajeros extranjeros del Siglo de Oro admiraban las buenas dentaduras que, por lo general – dejemos a un lado a los que se sometían a curas antisifilíticas con mercurio –, presentaban los españoles, atribuyendo sus buenos dientes a la costumbre de enjuagarse la boca orina al levantarse por la mañana.

Suárez se hace eco de estos buenos efectos dentales, escribiendo: "detenida en la boca, cura también el dolor de muelas, destruyendo el ácido rodente, y vesicante"; una apreciación que desacredita al famoso gusanillo de la caries.

Creían los antiguos que los alimentos detenidos entre los dientes acababan pudriéndose, de ahí el mal aliento, y que de dicha putrefacción, por generación espontánea, nacían gusanillos que comenzaban a alimentarse de las muelas, como la carcoma de las vigas. Una manera de combatirlos era el enjuague con orina, otra el hecho en ayunas con *aqua vitae*, con aguardiente; de ahí nos viene la expresión *matar el gusanillo*, empleada por los trabajadores al tomar temprano una copita de orujo, antes de comenzar trabajo.

Aplicada tópicamente, era aconsejada contra todo afecto dermatológico con prurito, por ejemplo contra la sarna; también contra los dolores cólicos y los de la gota; y bebida, contra la ictericia y las fiebres intermitentes, es decir contra el paludismo.

De un hombre joven y sano, según Lemery "nos servimos muy a menudo de ella en medicina" por ser incisiva, resolutive y deterativa, muy apropiada para deshacer obstrucciones y disipar vapores (1716, 579). En otra parte: "si se beben dos o tres vasos de ella,

por la mañana en ayunas" vence las obstrucciones; "apacigua también los dolores de la gota siendo aplicada exteriormente, recién orinada y caliente, sobre la parte afecta", etc. (1716, 264).

HECES

El último de los productos humanos citados por Pitágoras con efectos terapéuticos son las heces, el estiércol humano: "debéis saber, que bien tostado, y reducido a carbón, se da a beber en cantidad de una dracma [tres gramos y medio] con tres onzas de vino blanco [unos 85 mililitros], en que se haya infundido canela, y clavos de especia" (Suárez 1739, 113).

Como varios otros de los productos señalados, se consideraban buenas contra las fiebres intermitentes, tercianas y cuartanas, y contra la epilepsia: "Previno dicho filósofo, que es admirable remedio también contra los accidentes de alferecía, propinándole en agua de cerezas negras. También dijo, que el estiércol primero, llamado Meconio, que es el que arrojan los recién nacidos, preparado, y reducido a polvo, es un grande arcano para curar radicalmente la alferecía [...]" (Suárez 1739, 113).

Secundariamente, el estiércol de hombre sano, joven y fuerte, podía destilarse para obtener una bebida, o un aceite, aconsejado contra empeines – "Especie de enfermedad del cutis, que le pone áspero y encarnado, causando picazón en aquella parte", se hace coincidir con lichen y con impétigo (Suárez 1739, 114) –, sarna y tiña; incluso contra el horrible cancro "absorbiendo, y venciendo el ácido corrosivo, putrefactivo, que le produce" (Suárez 1739, 114).

El compilador que nos sirve de testigo, Lemery, las acoge como: "El excremento de hombre es digestivo, resolutive, reblandecedor, suavizador, apropiado contra el antrax, útil para hacer que los bubones pestilenciales se hagan purulentos", un poco más allá: "pulverizado y tomado per os, contra inflamaciones de garganta, epilepsia y fiebres intermitentes. La dosis va de un escrúpulo a una dragma" (1716, 264).

UÑAS

En el viaje a *capite ad calcem*, acabemos en las uñas: "Las raspaduras de uñas de manos y pies son vomitivas, bebidas mezcladas con agua en proporción de un escrúpulo [1,5 gramos, una cantidad tan pequeña, que por ello se acabó diciendo que alguien carecía de escrúpulo, es decir, que no tenía ni 1,5 gramos de conciencia], o bien de dos escrúpulos si infundidas en vino" (Lemery 1716, 264).

3. UN MEDICAMENTO ESPECIAL: LA CARNE DE MOMIA

No podría concluirse un recorrido por los recursos farmacológicos del cuerpo humano sin un a la carne de momia.

Un medicamento que era justamente lo que su propio nombre indica: carne de momias egipcias, faraónicas o de menor postín, que, hecha pedazos, tomaba el camino de Europa, junto con sándalos, clavos de especia, mirra o dátiles, para contribuir al mantenimiento de la salud de los cristianos.

Momia, carnomomia y caromomia la llamaron los que nos antecieron. El *Diccionario de la RAE* la define de la siguiente manera: "La carne magra y seca de los cuerpos humanos embalsamados. Se usó antiguamente en la medicina, y se daba mucha importancia a la que venía de Egipto" (1817, 180).

El tema es tan curioso y relacionado con la cirugía, que merece capítulo aparte. El curioso puede leer un ameno libro donde se ve el saqueo que durante generaciones se hizo de ella: el *The Rape of the Nile*, de Brian Fagan.

NOTA DEL AUTOR

1. Véase mi artículo "El tratamiento de la epilepsia en España, 1555-1565", en: <http://www.anastasiojovega.com/attachments/article/363/1HISTORIA%20DE%20LA%20EPILEPSIA.pdf>

BIBLIOGRAFÍA

- Baume M. *Elementos de Farmacia teórica y práctica. I.* Madrid: Imprenta Real, 1783.
- Coulon H. *Curiosités de l'Histoire des Remèdes.* Cambrai : Régnier frères, 1892.
- *Diccionario de la Lengua Castellana. 5ª ed.* Madrid: Imprenta real, 1817.
- Fagan B. *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists and Archeologists in Egypt.* Cambridge, Massachusetts: Westview Press, 2005.
- Lemery N. *Dictionnaire ou Traité Universel des Drogues simples.* Amsterdam : Compagnie, 1716.
- Lepinois E. *Étude historique, chymique et pharmacologique des principales préparations organothérapiques.* Paris, 1899.
- Linneo C. DD. *Dissertatio de Materia Medica in Regno Animal.* Upsala, 1750.
- [Litré] Plinio. *Histoire Naturelle de Pline.* Trad. M.E. T. 2. Paris: Dubochet et Cie, 1850.
- Merino D. *De Morbis internis libri sex.* Burgos: Felipe Junta, 1575.
- Pecholier G. *Ilusions et réalités de la Thérapeutique.* Paris : P. Asselin, 1862.
- Pérez Cascales F. *Liber de affectionibus puerorum.* Madrid: Luis Sánchez, 1611.
- Pomet P. *Droguier curieux ou Catalogue des drogues simples et composées.* Paris: L. d'Houry, 1709.
- Suarez de Rivera F. *Academia Chyurgica Racional de Irracionales.* Madrid: Manuel Moya, 1739.
- Tafur P. *Andanças é Viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo avidos (1435-1439).* Madrid: M. Ginesta, 1874.